

**Jornada Mundial de la Juventud
"Maria se levantó y partió sin demora" (Lc 1,39).**

**Encuentro "Levántate" - Ecología Integral
Aporte de Jesús Morán, Copresidente del Movimiento de los Focolares**

Pregunta: El tema de esta JMJ es "Maria se levantó y partió sin demora" (Lc 1,39). Esta es la respuesta a una vocación, es decir, a la llamada de Dios a convertirse en Madre de Jesús, en resumen, es una consecuencia. ¿Qué significa para ti seguir una llamada?

Respuesta: Hay una canción del cantante cubano Silvio Rodríguez que me gusta mucho. Creo que es muy sabia. Podría ser una alegoría de la vocación. Habla de tres hermanos que fueron "a descubrir y a fundar". El primero siempre miraba hacia abajo para no equivocarse y, por supuesto, con su corta vista no llegó muy lejos. El del medio, en cambio, estaba muy atento al horizonte, pero, al no prestar atención al camino, tropezaba siempre y envejeció sin llegar muy lejos. El pequeño, más astuto, miraba al horizonte y a la tierra al mismo tiempo, con el triste resultado de que, al final, su mirada se perdía sin saber a dónde ir. El estribillo pregunta: "Y tú, ¿qué piensas?".

Pues bien, lo que pienso es que la vocación no es una cuestión de vista, sino de corazón. No es algo externo, sino de interioridad. El ojo mira hacia fuera y corre el riesgo de perderse. El corazón mira dentro y profundiza. Con el corazón se ve más claramente, el corazón tiene más luz. Nuestra cultura está muy impregnada de exterioridad, y es por eso que hay tanta confusión y desorientación.

En algún momento de la vida, se siente que algo toca el centro del corazón. Viene de afuera de nosotros, pero no de lo exterior; lo sentimos íntimamente y, sin embargo, nos llama y nos trasciende. Viene a llenar una especie de vacío con el que nacemos y que nos inquieta hasta que se colma. Es algo tan fuerte que te despierta de tu letargo existencial y te dice: "ahora camina". Un imperativo así puede venir sólo de Dios mismo. Antes vagabas sin rumbo, ahora caminas hacia una meta, aunque no conozcas el camino.

El centro de mi corazón fue golpeado con la fuerza de un impacto cuando, a los 16 años y medio, me encontré con los jóvenes del Movimiento de los Focolares. Fue un encuentro con Jesús. Y empecé a caminar. Más o menos tres años después, el camino me mostró un nuevo itinerario: seguir a Jesús haciendo su misma vida. Tenía 19 años. Seguí caminando. A los 21 años me licencié en filosofía en Madrid y llegó la hora de concretar lo que había sentido dos años antes. Dejé mi tierra y a mis seres queridos y me fui. Después, el salto a un nuevo continente, América. Después, el camino se volvió arduo y fatigoso. Llegaron las pruebas:

enamoramiento, salud frágil. Pero seguí caminando. La luz no disminuía y sabía a dónde iba. A los 33 años pronuncié mi "sí" definitivo delante de Dios y de mis hermanos, porque mi camino ha sido siempre personal y comunitario a la vez: soledad y comunión profunda. A Jesús se le sigue siempre con otros, siendo Iglesia.

Mientras caminaba, años después, llegó otra sorpresa: Dios y la comunidad me querían sacerdote. Seguí caminando. - Y aquí estoy. Nunca pensé que el camino me llevaría a ser Copresidente del Movimiento de los Focolares. Siempre me he sentido más formador que director. La verdad es que no dejé de caminar, incluso cuando parecía que había agotado todas mis energías. Tres palabras me han guiado siempre a lo largo del camino. La primera es libertad. Libertad concedida y conquistada. La segunda tiene que ver conmigo: fidelidad. La tercera, la más importante, tiene que ver con Dios: misericordia. Sí, lo digo con fuerza: mi vocación es el triunfo de la misericordia de Dios en mí.

¿Y tú qué piensas? Creo que la vocación es un juego entre dos que se convierte en un juego vivido en comunidad. Coincide con una misión que solo termina con la vida misma, porque no es estática sino dinámica.

Una última cosa. El hombre, la mujer, es un ser de deseo. El deseo es el motor de la vida y del alma, es el "combustible invisible". Pues bien, la vocación se refiere a nuestro deseo más profundo, un deseo absoluto, el deseo de amar y de ser amado. San Maximiliano María Kolbe decía: "Desea, sí, pero desea sin límite". Dios y su rostro humano, Jesús de Nazaret, colma esta sed de deseo: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna» (Jn 6,54).

Es la aventura más hermosa que nos puede suceder.